

# ¡ES EL ÁBREGO!

FOR

Miguel de Unamuno



La luz viene de Oriente», dijo, y al oírsele le respondí: «sí, por la mañana, pero por la tarde la luz viene de Occidente»; y cuando oigo hablar de la luminosidad del medio día, pienso que el día es en verano mucho más largo en Noruega que en Andalucía. Y en cuanto a frondosidad, no he visto desolaciones mayores que las de algunos campos calcinados del Sur y el Levante de nuestra España. Y nada hay más terrible que ese encendido ábrego —*áfricus*, viento africano— que ahornaga las hojas y resquebraja de sed los campos. Es algo sahárigo; es como un *simún*.

Pues, ¿y el otro ábrego, el del espíritu? Parece traer también arenilla del desierto de la inteligencia, de la imaginación beduina. Siente uno como si le fregarán con arena el corazón. Y se acuerda de aquel bautismo de arena de que habla el Corán, cuando no hay agua.

Hace unos días leímos que al pronunciar un señor senador la palabra *culebra* salieron algunos del salón, algunos de los abuelos de la patria, haciendo no sé qué prestidigitaciones y murmurando: «¡lagarto!, ¡lagarto!» El suceso, con ser tan sintomático, no mereció sino algún que otro leve y amable comentario más o menos irónico en los diarios de la Villa y Corte de los milagros; pero uno de Barcelona, al comentarlo, llamaba a esos senadores sahárigos *mamarrachos*. El epíteto nos parece demasiado suave y eufemístico.

Pase que un señor senador se estremezca y sienta escalofríos de tontería al oír la palabra *culebra*; pero la dignidad del cargo le obliga a aguantarse y hacer sus conjuros y exorcismos con la mano metida en el bolsillo del pantalón y sin moverse de su asiento. Salir de estampía del salón al oír mentar a la bicha, es como si un coronel, al oír por primera vez silbar las balas, echara a correr.

La cosa, aunque lo parece, no es regocijada. Revela una mentalidad, y, más que mentalidad una callosidad tal de la imaginación, que da una triste idea del país y de sus hombres. Porque eso de estremecerse al oír la palabra *culebra* revela una imaginación saháriga, molida y desgastada por la friega de la arenilla del ábrego espiritual.

Apostaríamos cualquier cosa a que esos abuelos de la patria que huyeron al oír mentar a la bicha son *aficionados*. Aficionados por antono-

masia, es decir, a las corridas de toros. Porque sólo a la córnea imaginación del aficionado le pone así el oír la palabra *culebra*.

Y luego estas cosas tristes, bárbaras, degradantes, se encerezan las unas con las otras. Así, por ejemplo, el que pueda darse el caso vergonzoso de que huyan del salón de sesiones del Senado unos senadores aficionados al oír mentar a la bicha, tiene relación con que se pueda decir que en la formación de un tribunal de oposiciones a cátedra de la Universidad Central jueguen influencias de... ¡Belmonte! Era mucho mejor que, puesto que Belmonte tiene algo de cirujano, le nombrasen competente. Y no lo sería menos que otros competentes oficiales.

¡Es el ábrego, es el terrible ábrego!

Es un viento temeroso, seco, cálido, que agosta la verdura, y hasta produce una retórica suya, una retórica de hojarasca seca que cruje sobre campos calcinados.

¡Cuántas verduras del alma no ha agostado en España el ábrego espiritual!

Es el viento del «qué se me da a mí», y del ser amigo de sus amigos, y del «la cuestión es pasar el rato» y de tantas abominaciones más. Es el viento de la arbitrariedad ingenua, de la que no puede comprender lo que no sea arbitrariedad.

No, no es lo peor llevar al gobierno y administración de las cosas públicas un espíritu de aprovechamiento propio, de enjuague o de chanchullo. Un hombre rapaz y sin escrúpulos para lucrarse puede ser un hombre útil. El que no puede ser útil al bien público es un jándalo aficionado que lo tome todo peor que a broma. Todo menos las corridas de toros y las *culebras*.

¡Es el ábrego!

Y en esta pobre España donde, no siendo en el Norte, llueve menos que nos hace falta, el ábrego es devastador.

¡Y no es lo más terrible que el ábrego espiritual acabe con la formalidad y la seriedad, no! Lo peor es que sustituye a aquéllos con cierta *formulidad*—a la forma con la fórmula— y a la seriedad con cierta gravedad. El que tiene el





¡Es el ábrego.

# ES EL ÁBREGO

por

Miguel de Unamuno



A luz viene de G...  
 respondí...  
 la tarde la luz...  
 oigo hablar de la...  
 pienso que...  
 go en...  
 a...  
 res que...  
 Sur y el Levante...  
 hay más terribles...  
 -Africa...  
 lomas...  
 Para...  
 traer también...  
 inteligencia...  
 una...  
 Y se...  
 que había el...  
 Hace...  
 señor...  
 me del...  
 s, ha...  
 que...  
 con ser...  
 que otro...  
 nos...  
 de...  
 re...  
 una...  
 nuevo y...  
 Paso...  
 sienta...  
 cuichas...  
 te...  
 con...  
 y sin...  
 del...  
 un...  
 las...  
 La...  
 R...  
 que...  
 que...  
 ha...  
 de...  
 de...  
 A...  
 los...  
 bicha...  
 son...  
 A...

alma desollada por el ábrego suele ser formu- lista y grave, aunque no sea ni formal ni serio. ¿Hay nada más grave que un aficionado? ¿Hay gravedad más ritual y ritualidad más grave que las de la afición?

¡Es el ábrego!

Bajo la acción de la friega de sus arenas hay abuelos de la patria que huyen despavoridos del nombre de la culebra, y dicen que hay mato- dores de toros dispuestos a dar la alternativa —¡cuestión de *competencia!*— a cirujanos de hombres.

Y el ábrego acaba por amontonar médanos secos en la conciencia de la patria.

En un tiempo se habló mucho en Italia de una cuestión de Nápoles. Y de la *maffia*.

En el Norte de España, en mi propio pueblo natal, en Bilbao, ha hecho ya su aparición el señorito que pega al sereno y arma camorra en las calles más equívocas durante las altas horas de la noche. Esos señoritos, que en mi juven- tud no eran conocidos por aquellas latitudes, se preparan a padres y abuelos de la patria, acaso a algo más. Llegará un día en que lleven a la administración de la cosa pública lo que les salga de los calzones.

La mayor fuerza espiritual parece ser en Es- paña la real gana, esto es, la santísima volun- tad. No una voluntad virgen, no; sino una vol- untad desnuda, en pelota, que no es más que voluntad; salvaje. Una voluntad endurecida y encallecida al ábrego.

¡Y aun hay quien cree que va a celebrarse en España la firma del tratado de paz con una co- rrida de toros solemne, asombro de los pleni- potenciarios extranjeros y regocijo de nuestros trogloditas!

vidas de toros. Porque acción del aficionado le...  
 en...  
 tristes, hábratas, degra-  
 unas con...  
 queda darse al caso ver...  
 del...  
 loras...  
 te relación con que se...  
 comision de un tribu-  
 tedra de la Universidad...  
 nicias de... Belmonte...  
 ¿puedo que Belmonte...  
 se nombrasen compe-  
 tencias que otros compe-

terrible ábrego!  
 seco, caído, que  
 la produce una retórica  
 gitanes...  
 el alma no ha agostado  
 ritual...  
 se me da a... y del...  
 y del...  
 las abominaciones más  
 caridad ingenta, de la  
 der lo que no sea arbi-  
 var al gobierno y admi-  
 públicas un espíritu de  
 so, de enjuague o de  
 rapaz y sin escrúpulos  
 un hombre útil. El que  
 público es un jandao  
 todo peor que a bronca  
 das de toros y las cu-

Y en esta pobre España donde, no siendo en el Norte, hace menos que no hace falta, el ábrego es devastador.  
 Y no es lo más terrible que el ábrego espiri- tual acabe con la formalidad y la seriedad, no! Lo peor es que sustituye a aquellos con cierta *formalidad*— a la forma con la fórmula— y a la seriedad con cierta gravedad. El que tiene el

